

Antes del ayer

Víctor Hugo Rascón Banda

Hay un error en el acta de nacimiento de Joaquín-Armando Chacón. No está en la fecha, sino en el lugar de nacimiento.

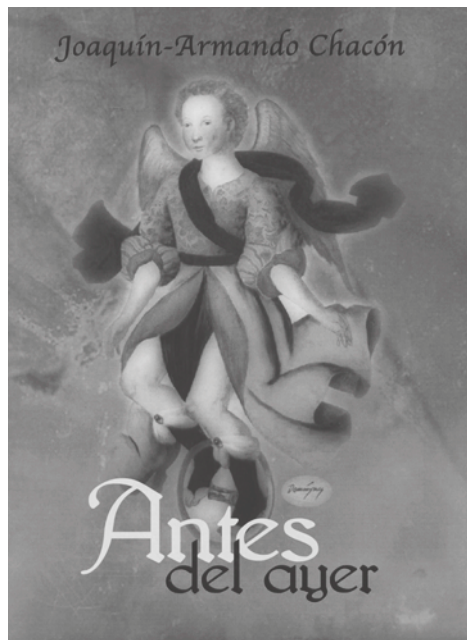
En el acta se dice que el niño Joaquín-Armando nació el 7 de febrero de 1944 en la ciudad de Chihuahua y eso no es verdad. Me ofrezco a ser el abogado que promueva el juicio de jurisdicción voluntaria para corregir el acta en el Registro Civil del Estado.

Desde hace muchos años conozco al susodicho, soy su vecino, vivimos en colonias contiguas, él en la Condesa, yo en San Miguel Chapultepec, y lo he observado y leído por décadas. No viste como norteno, no habla como norteno, no hay en sus textos referencias al Norte, por tanto, no es del Norte.

Su aspecto físico semeja más bien a un intelectual ruso del siglo XIX. Su acento es neutro, no regional, el volumen de su voz es modulado, no habla a gritos ni desentonado como los habitantes del Norte. Y lee mucho, cosa que no practican algunos de los nortenos. No se le ve en las cafeterías de Gandhi o de El Péndulo, perdiendo el tiempo y hablando de la gran novela que nunca escribirá. Alguien lo ha visto en un billar de Tacubaya jugando billar con sus paisanos.

De vez en vez se deja ver en las reuniones del Cartel de Chihuahua, pero la mayoría del tiempo se la pasa en su estudio leyendo, escribiendo, corrigiendo, pensando, pensando, pensando.

Escribe mucho, pero tarda en publicar, porque es muy riguroso consigo mismo. Cada vez que una novela suya aparece es recibida con elogios por la crítica y por sus lectores de culto que saben apreciarlo. Así pasó con *Los largos días con Amarras terrestres* y con *El recuento de los daños*, tres exce-



lentes novelas que le merecieron premios y reconocimientos.

Muchos no saben que, en el principio, Joaquín-Armando estuvo llamado por el teatro. Era amigo de Sergio Magaña y de la fauna teatral de los sesenta y setenta. Hasta ganó premios con sus primeros textos dramáticos, textos simbólicos, textos de ideas, textos ajenos a las modas setenteras, como *El hijo del hombre*, finalista en el Premio Tirso de Molina de España.

Pero lo perdió el teatro y lo ganó la literatura. Y le fue muy bien en la poesía, pero sobre todo en la narrativa.

Desde que leí sus dramas y sus novelas, siempre sospeché que atrás del dramaturgo y del narrador estaba un ensayista, como Fernando Savater, como Umberto Eco, como Marguerite Yourcenar, como José Saramago.

Y ahora que leo esta colección de ensayos que publica el Instituto Chihuahuense de

Cultura en su colección Rayénari y bajo el título *Antes del ayer*, veo que no me equivoqué.

El dramaturgo desentraña la condición humana; el poeta indaga y explora el sentido de las cosas; el ensayista observa y reflexiona, analiza, induce y deduce, lucubra y nos da luces. El ensayista es un filósofo disfrazado de escritor.

He leído en *Antes del ayer*, un ensayo tras otro, saboreándolos, paladeándolos, deleitándome en cada frase, en cada párrafo de este encaje literario bordado finalmente con pericia, con sabiduría, con inspiración.

Después de leer los textos siente uno la sensación de que algo ha cambiado. Se siente uno como enriquecido, como si le hubieran abierto puertas y ventanas a otros universos.

Tiene razón el paisano, poeta y filósofo Arturo Rico Bovio cuando escribe en el prólogo que *Antes del ayer*:

Tiene algo de caleidoscopio, de juego de espejos, a través de los cuales un adulto con espíritu de niño, léase de poeta, encara a su tiempo, con un dejo de melancolía y el terco convencimiento de que el mundo podría ser diferente si aprendiéramos a ver lo esencial, más con el corazón que con la mirada de nuestros tiempos pragmáticos.

Vivimos tiempos difíciles, tiempos de odio, tiempos de confusión, tiempos de incertidumbre.

Por eso la literatura, la sociedad y la democracia son conceptos inseparables, indisolubles.

Por sus libros no hablan los escritores, sino la sociedad de su tiempo.

Los creadores, los autores, los artistas ven lo que otros no ven. Escuchan lo que otros no escuchan. Y sienten lo que otros no sienten.



© Benjamín Domínguez



© Benjamín Domínguez



© Benjamín Domínguez

Por eso es valiosa, importante, trascendente la voz de los creadores en estos tiempos de dudas e incertidumbre en que vivimos.

Hay que volver los ojos a los libros para entender el presente y para encontrar la luz en el túnel, en la pesadilla de nuestra cotidianidad, para viajar a otros mundos, para hablar con los difuntos, como decía Quevedo, o para estar menos tristes, menos solos.

Estas reflexiones me han provocado la lectura de *Antes del ayer*, que es el ahora y que es el mañana.

En *Antes del ayer* está la música de las esferas, las fiestas de renovación, el verdadero monstruo del mar, el brillo de los tiempos, el discreto encanto de las modas, los ideales del fuego, la imagen de las ilusiones, Dios y el Diablo en escena, el árbol de la nostalgia, el anhelo de vivir, el resplandor del paraíso, la creación del futuro, las contradicciones del tiempo, el fuego lento de la idea y otros tantos ensayos profundos y luminosos, certeros y lúcidos.

Los pacientes impacientes de muchos consultorios médicos leyeron antes que nosotros estos ensayos, en la Revista Médica que los publicó o a lo mejor no los leyeron, porque uno se resiste a abrir esas docenas de revistas incoloras, inodoras, insaboras que hay en las salas de espera para aburrir más a los enfermos.

Algunas revistas, como algunos periódicos, contienen estrellas fugaces que uno quisiera atrapar y conservar. Hay quien recorta los textos, y hay quien guarda las revistas en cajas, para acudir a ellas algún día. Pero la mejor manera de conservar esas perlas, esos garbanzos de a libra, esos textos valiosos es recogerlos en una antología. El libro tiene más posibilidades de supervivencia que un folder de recortes o un paquete empolvado de revistas que no encuentran acomodo en los librerías.

Hay que agradecer a Mario Saavedra, también poeta y ensayista, chihuahuense de adopción, hombre culto en tierras bárbaras, este libro que nos revela otro rostro

de un escritor que creíamos dramaturgo, que creíamos poeta, que creíamos narrador, pero que es en realidad un filósofo oculto, que escribe ensayos sobre las artes, la literatura, la naturaleza humana, el devenir y el misterio de la vida.

Hay que agradecer al pintor Benjamín Domínguez la hermosa pintura de ese arcángel en monociclo que irrumpe en la portada para inducirnos a abrir el libro, como si nos recibiera a las puertas de un paraíso de palabras.

Gracias Joaquín, ciudadano del mundo, humanista de corazón y espíritu, observador del mundo, navegante sereno en el mar proceloso de las ideas.

Antes del ayer es el libro que nos faltaba en el páramo del Norte y en este tiempo nublado e incierto que vivimos en México. **U**

Palabras de Víctor Hugo Rascón Banda en la presentación del libro *Antes del ayer* de Joaquín-Armando Chacón, publicado por el Instituto Chihuahuense de la Cultura, colección Rayénari, 2005, 193 pp.

En *Antes del ayer* está la música de las esferas, las fiestas de renovación, el verdadero monstruo del mar, el brillo de los tiempos, los ideales del fuego, la imagen de las ilusiones.